



www.loqueleo.com/es

© 2011, Cecilia Domínguez Luis

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-188-3

Depósito legal: M-9.160-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Cecilia
Domínguez Luis**

**LOS
NIÑOS
DE LA
LATA
DE
TOMATE**

loqueleg

Prefacio

Patricia llegó de Burkina Faso con miles de preguntas que no esperaban respuesta, o tal vez se había resignado a no encontrarlas. Las imágenes que proyectaba en la pared de su apartamento tenían todo el color y la magia de lo recién descubierto. Las cascadas, las formaciones rocosas que, como inmensas catedrales, se alzaban desafiantes por encima de los árboles, se alternaban con la vida bulliciosa de los mercados, donde bellas mujeres vestidas con atuendos multicolores cargaban en sus cabezas enormes calabazas u ofrecían a los visitantes deliciosos mangos y tamarindos, recipientes cerámicos de todo tipo, telas teñidas en colores vivos, máscaras en madera de ébano. Entre ellas, que pasaban indiferentes ante su cámara, los niños, que se sentían protagonistas de una película que jamás verían, sonreían, hacían muecas y saludaban, guardando una distancia que ellos consideraban prudente para no ser atrapados por el enorme ojo de cristal. No sé qué me hizo dejar la cámara que, como un fetiche, colgaba de mi cuello, me dijo, y allí estaban, aquellos dos niños que me miraban, quietos y sonriendo,

con unas grandes latas a las que habían hecho unos agujeros para pasar por ellos una cuerda y colgárselas en los hombros. En su interior, alguna fruta, medio bocadillo, algunas monedas. No decían nada. Estaban allí, simplemente, mirándome, y yo fui incapaz de coger de nuevo la cámara. En sus ojos, una felicidad distinta, venida de la aceptación de una vida en la que las dificultades para sobrevivir eran un componente más de su deseo de armonía con el mundo... Se quedó en silencio unos instantes, como si esperara de mí alguna respuesta. Buen comienzo para un relato, apunté.

El baile detenido de las máscaras que propiciaba la llegada de la lluvia y las buenas cosechas hacía adivinar cuerpos ágiles, sonidos de *djembés* llenando el aire terroso de la aldea. Sonidos que, junto con el del bullicio de los mercados, el misterioso y múltiple lenguaje de la selva, las salmodias de los ritos, iban a acompañarme durante todo este viaje que, en ese momento, me decidí a emprender.

Capítulo 1

Anocheía. El cielo, aún enrojecido, esperaba la caída del sol, como lo hacía siempre en ese lugar, en todos los lugares que Essein alguna vez, ingenuamente, consideró suyos. Era el momento de iniciar la marcha, ese regreso que nunca imaginó, a pesar de los vaticinios del brujo de su aldea. Mi aldea, pensó. Otra vez apropiándome de un espacio que tal vez me reciba como a un extraño.

7

Le pareció oír el barritar de un elefante, a lo lejos, apagado por el rugido de un guepardo hambriento, como esa tierra a la que ahora regresa, como él mismo, tantos días y tantas noches en la estación del sol. Juzgó que eran imaginaciones suyas, que a esa distancia era imposible oír los ruidos de la selva, que lo confundió el viento que, en ráfagas, agitaba las palmeras de la playa. Detrás de la cabaña, las luces mortecinas de la estación de ferrocarriles lo sumieron en una nostalgia anticipada.

Cogió el viejo petate, regalo de uno de sus compañeros de la plantación, se lo echó al hombro y abrió la puerta. El viento había cesado y un calor húmedo

acompañaba la aparición de la luna sobre el macizo, que flanqueaba la bahía, ahora en silencio.

Ramala lo esperaba. Essein la contempló y dudó unos instantes. Le había dicho que no tenía que venir con él, que era libre de elegir lo que deseaba o no hacer. Sabía que con sus palabras renegaba de alguna de sus tradiciones, pero él no era el mismo, o tal vez siempre hubo algo en él de descreimiento, fatalidad a la que había sido destinado desde aquella noche en que dio su primer grito a la vida.

8 Su madre no pudo oírlo. Su espíritu se había unido aquella misma noche al de sus antepasados. Y tal vez ahora él los estaba traicionando.

Por eso Ramala lo miró como si estuviera oyendo a un alucinado. —Iré a donde tú vayas y correré tu misma suerte.— Palabras que a Essein le sonaron parte de un ritual que desconocía, como muchas cosas de aquella muchacha que había encontrado hacía solo unos meses, cuando un nuevo patrón le dio trabajo en la plantación de cacao.

En ese momento, la luna había sobrepasado el macizo e iluminaba de lleno la bahía solitaria. Ramala lo tomó de la mano con fuerza.

—Nos queda mucho camino —dijo.

Salieron del palmeral y se dirigieron hacia el norte. Essein quería adelantarse a la caravana que saldría al amanecer. Prefería no unirse a ellos. Temía que muchos solo hablaran de su derrota, de la humillación del regreso forzoso. De todas formas, se había puesto de acuerdo con

Musik, un compañero de trabajo, para que los esperara con su camioneta en el primer cruce de carreteras.

Atentos a cualquier ruido, hacían su camino en silencio.

—El cielo está a nuestro favor —le susurró, y recordó aquella tarde, recién llegado a la plantación, en que Ramala había tropezado y, al caerse la cesta, todos los granos de cacao formaron un reguero oscuro. Ella no lo conocía y lo miró con temor. ¿Sería acaso el nuevo capataz, otro renegado que venía a sojuzgarlos? Seguro que me castigará y ya no volveré a trabajar ni aquí ni en ninguna otra plantación. En ese momento oyó como Essein la azuzaba. ¡Rápido, vamos a recoger todo esto! Nadie se ha dado cuenta. Por una vez, el sol del atardecer nos ha favorecido.

9

Se dijeron sus nombres y la noche los separó al llegar a los palmerales.

Continuaron los encuentros a la hora del regreso del trabajo, que se prolongaban hasta muy entrada la noche. Él guardaba cierta reserva que Ramala fue rompiendo a base de hablarle de lo que había sido su vida antes de conocerlo. Cuando le habló de su dios, Essein la interrumpió.

—No quieras convertirme en algo que no soy. Debo mi fe a mis antepasados y, sin embargo, sé que ellos me negarían si supiesen que todo me resulta ajeno. Yo solo creo en ti, en los bosques, en ese mar, en lo que me rodea. Todo aquello que veo y siento con fuerza; un poder cuyo misterio desconozco. Pero prefiero no hacerme preguntas.

El mar estaba tranquilo y rojo con el sol del crepúsculo; aún quedaba algún que otro turista rezagado, así que caminaron hacia las barcas varadas al oeste de la playa, en la zona más abrigada de los vientos.

Ramala salió corriendo hacia el mar y Essein la siguió. Llegaron hasta donde las olas les cubrían la cintura; jugaron unos momentos a salpicarse; luego ella se acercó y le acarició el rostro con la punta de los dedos. Él la cogió por la cintura, la abrazó y la besó en los labios. Ella sonrió.

10 —No sé qué hubiera pensado mi madre de todo esto; seguro que esta vez sí me hubiera repudiado.

—¿Por qué? No hacemos nada malo.

—De donde soy, todo es diferente, otras costumbres, otras creencias...

Essein lo sabía, pero no eran demasiado diferentes a las de su aldea.

Su padre había decidido que él y Dagao, el hermano que le precedía, fueran a vivir al suroeste, con sus abuelos. —Allí será más fácil encontrar una mujer que alimente bien a Essein y la vida le será más llevadera.— Él era demasiado pequeño para recordarlo, como tampoco tiene una conciencia muy clara de la muerte de su padre. Solo recuerda que Kabore, uno de sus hermanos, se presentó un día en la cabaña de sus abuelos y le dijo que su padre ya no estaba, que se había marchado con sus antepasados y que con ellos era feliz. No recuerda haber llorado. De lo que sí se acordaba era de las visitas que, cuando fue un poco mayor, hacía a su padre y a sus hermanos. Estancias

que se fueron haciendo más prolongadas, sobre todo en la época de recolección. Fue en una de esas visitas cuando su amigo Hakim le dijo que se celebraba una fiesta y no pudo evitar su entusiasmo. Durante mucho tiempo no entendió la mirada asustada de las niñas, en medio de una fiesta en las que ellas eran las protagonistas.

Luego las mujeres los apartaron; les dijeron que ni los hombres ni los niños podían participar. Su amigo Hakim y él se marcharon desconsolados mientras veían como las mujeres hacían un círculo y empezaban a entonar canciones que hablaban de la hora de las diosas de la fertilidad y el sacrificio. Los tambores arreciaban con los cantos; sin embargo, Essein creyó oír un lamento ahogado de dolor.

11

—Mi madre se negó a que me mutilaran —siguió contándole Ramala—. Ella ya había pasado por ese horror y no quiso... Por eso tuve que marcharme. Mis parientes, mis amigas, casi todos me rechazaron y mi madre tuvo que sufrir insultos y vejaciones, pero no cedió. Una noche puso en mis manos un collar y algunas monedas. Una caravana que se dirige al oeste pasará en unos momentos, me dijo. Recoge tus cosas y únete a ella. Que Alá te acompañe.

»Yo intenté negarme, pero sabía que era lo mejor para las dos.

Essein la escuchaba en silencio y apretó el amuleto que llevaba al cuello. Lo había comprado en el mercado porque le traía recuerdos de su aldea. Era como aquellas

máscaras protectoras, pero hechas en miniatura para los turistas. Sin embargo, se preguntaba si no había sido aquella máscara la que había propiciado su encuentro con Ramala.

12 De pronto notó como si el mar, la arena y las palmeras desaparecieran y solo notó el abrazo de Ramala, su olor, su belleza que se entregaba. Le hubiera gustado decirle que desde que la vio le pareció una muchacha muy hermosa, la más hermosa que había conocido; que sus ojos tenían la mirada del gacel y su cuello era esbelto como el de las garzas, que su piel de ébano era suave como la de un niño y brillaba atrayente, a la luz de la luna. Pero le parecía que todo aquello no era más que la ridícula influencia de los cuentos que oía de pequeño a su abuela y que Ramala se reiría o lo rechazaría. Fue por eso por lo que decidió hablarle de sí mismo, de su infancia en sus dos aldeas, de sus idas y venidas a la ciudad, de su marcha.

Quien me hubiera mirado cuando abandoné la aldea habría pensado que estaba huyendo, y tal vez estuviese en lo cierto. Corrí y corrí y, mientras lo hacía, tuve la sensación de que morían todos los peces del lago sagrado, que los cocodrilos perdían su condición de dioses y se devoraban unos a otros, que Hakim regresaba a su infancia, cogía sus cabras y se alejaba sin reconocerme. Me di cuenta de que iba dejando de creer en la magia, en la divinidad del aire, de la tierra y el fuego; que el corazón del baobab se abrió para arrojar mi nombre a la noche.

Salieron del camino y se internaron en la selva para huir del calor del mediodía. Essein recordaba el pequeño remanso de un río. Ramala había dejado su ropa cerca de la orilla y se había sumergido en el agua. Él la miró y sintió renovarse su deseo, más fuerte aún que el de aquella noche en la que el rumor del mar acogió su primer encuentro.

Capítulo 2

Essein nunca había visto el mar y lo imaginaba como un río muy ancho; pero aquella masa inmensa y de un azul intenso superó sus expectativas y lo llenó de temor. Por unos instantes llegó a creer en el alma poderosa y cambiante del mar.

15

—Y eso que hoy está en calma. Mira cómo vienen las olas a la arena; parece que la acarician antes de desaparecer.

Se volvió. Un viejo que dijo llamarse Muza le hablaba mientras hacía intentos por encender una hoguera, golpeando un pedernal sobre unas ramas secas.

—Es por la oscuridad. Dentro de poco podrá tocarse.

—Parece que también se toca aquí el calor —respondió Essein acordándose de lo que le habían dicho sus hermanos antes de marcharse.

—No, lo que hace el calor es envolverte, aprisionarte para que le rindas el tributo de tu cansancio, para que tus torpes movimientos le aseguren su poder.

Essein lo mira y trata de averiguar qué se esconde detrás de aquellos ojos.

—Mira —continuó el anciano—, aquí no es bueno trabajar por tu cuenta y menos en el mar. Tienes que ponerte al servicio de un patrón que te proteja de los otros. Ya sabes...

Pero Essein no sabía nada y Muza tuvo que explicarle que allí todo funcionaba de igual manera; que o pertenecía a un patrón o no iba a salir bien parado.

16 —Sobre todo tú, que no eres de aquí. De alguna aldea del nordeste de Burkina, ¿no? Como casi todos, y seguro que no sabes nadar. Si quieres, puedes trabajar para mi patrón. Yo puedo hablar con él. Saldríamos juntos y yo te enseñaría todos los secretos de la pesca.

—He visto pescar desde la orilla, o desde allí, desde las rocas. Por eso pensaba...

—Así no ganarás ni para comer, e imagino que tú viniste aquí para eso, ¿verdad?

El viejo hablaba en un tono suave y conciliador que llegó a convencerlo.

—Bien, chico, hablaré con mi patrón y le diré que eres un pariente que ha venido a ayudarme. Al principio no ganarás mucho, pero cuando aprendas algo más...

Essein empezó a dudar del viejo. Fueron unos segundos en los que pensó que tal vez quería aprovecharse de su ignorancia para hacerlo trabajar para él. Luego se avergonzó de haber pensado eso de un anciano.

Sellaron el acuerdo con una bebida fuerte que Muza sacó de su morral.

—Tengo un catre en mi casa; no es mucho, pero puedes dormir allí hasta que encuentres un lugar donde vivir.

También hay barracones que puedes compartir con otros pescadores jóvenes como tú. No te costará demasiado.

El licor hizo que Essein cayera dormido en el viejo catre que le señaló Muza, sin que le diera tiempo a comprobar el estado semirruinoso de la choza del viejo.

Al amanecer lo despertó casi con violencia.

—¡Arriba! Hay que echarse a la mar. Hoy va a ser un buen día.

Al mismo tiempo le ofreció un trozo de pescado ahumado y un vaso de licor que él rechazó.

—Prefiero algo de agua.

—Tú verás...

No tuvo demasiado tiempo para pensar. De la orilla subía el ritmo acompasado de los remeros.

No perdieron de vista la costa. Echaron las redes. Essein seguía fielmente las instrucciones del viejo. La ligera embarcación se inclinaba a babor por el peso de la red y los peces, pero él no cedía. Echó todo el cuerpo hacia atrás para compensar el peso, como había visto hacer a los demás, y tiró con fuerza hasta que le sangraron las manos.

A pesar de que la pesca fue buena y Muza parecía satisfecho, supo que no era aquel el trabajo que estaba llamado a desempeñar, así que, ya en la orilla, habló con el viejo. Le dijo que se quedara con su salario, que no quería seguir, que había pensado trabajar en las plantaciones.

—Allí serás lo más parecido a un esclavo, muchacho. Sin embargo, el mar te da la posibilidad de sentirte libre, dueño de ti mismo.

—Tal vez tenga razón, pero yo, ante todo, soy agricultor y pastor, como lo ha sido siempre mi familia, y el mar, en todo caso, es una tentación demasiado fuerte para salir de aquí y poner rumbo a cualquier lugar o a ninguno...

—Lástima, podrías llegar a ser un buen pescador.

Antes de marcharse, el viejo le dio unas monedas que Essein agradeció con una sonrisa, como le habían enseñado de pequeño.

18 Se comió la otra mitad del pescado que había reservado y se dirigió hacia un cafetal.

La voz de Ramala invitándolo a entrar en el río lo volvió a la realidad de un cuerpo joven que lo esperaba.

Regresaron al camino. Habían cogido los sombreros de paja que utilizaban habitualmente en la plantación. Sus alas anchas los protegían del sol, pero un calor húmedo se les pegaba a la piel y hacía que el caminar fuese lento, aunque sin titubeos. Les daba fuerza el deseo de llegar, aunque en Ramala se unían dos sentimientos contradictorios: el amor que sentía por Essein y el temor a un nuevo rechazo por parte de una aldea y unos nuevos parientes que desconocía. Sabía de la importancia que él daba a sus antepasados; que, a pesar de lo que él llamaba descreimiento, había en Essein algo atávico a lo que le era imposible renunciar.

Para él era volver a sus raíces y para ella un nuevo desarraigo cuya única redención era el amor de Essein. Este, a su vez, pensaba que solo el recuerdo de su infancia le

hacía concebir esperanzas en el reencuentro. A pesar del hambre y la miseria, fue una niñez, si no feliz, al menos alegre y confiada.

El sol empezaba a declinar y Ramala se detuvo. Sacó una pequeña alfombra de su macuto y la tendió en el suelo. Essein sabía que era la hora de la oración a Alá, ese dios en el que ella creía pero que se negaba a entrar como un dios más en las creencias de sus ancestros. La contempló mientras se arrodillaba, ponía la frente sobre la alfombra y musitaba una oración que no comprendía, que hablaba del poderoso, el fuerte, el misericordioso.